

*Hæc est voluntas Dei*      Esta es la voluntad de Dios:  
*sanctificatio vestra.*      que seamos Santos.

EPIST. 1.<sup>a</sup> DE S. PABLO Á LOS TESALONICENS. CAP. IV, v. 3.

*Sancti stote quia Ego*      Sed santos porque Yo soy  
*sanctus sum.*      Santo.

LEVIT, XI, 44.

*Homo sanctus in sapien-*      El hombre santo permane-  
*tia manet.*      ce en la sabiduria,

ECLESIAST, XXVII, 12.

---

LA SANTIDAD

---



¿QUERERIS ser santos? Queremos ser santos?....

Sin duda alguna que os extraña mi pregunta. Sin un momento de vacilación, nuestros corazones han latido al unísono para dar una contestación decisiva y terminante. Sí: hemos respondido sin vacilación de ningún género; sí: por eso y para eso trabajamos; por eso y para eso venimos á la casa del Señor á rendirle el homenaje de nuestra pequeñez, venerando la memoria de los santos. Pero ¡ay! que nuestro corazón tiembla! nuestras fuerzas se apagan con el desaliento, y casi casi nos sentimos desfallecer! ¿Porqué? La santidad es cosa difícil?; es quizá imposible el escalar la montaña de la perfección?; acaso fueron los santos creaciones prodigiosas, estupendas, particulares de la diestra del Eterno, sin las necesidades ajenas á nuestra pobre condición de miserables criaturas?; tuvieron tal vez los santos un corazón celestial y no un corazón terreno como el nuestro?; por ventura los santos cruzaron el mundo como fugitivos meteoros, sin tocar con su planta las cosas de la tierra? Nada de eso. Hemos de ver en los santos hombres como nosotros, hijos de pecado como nosotros, llenos de pasiones como nosotros, pero que las supieron sofocar con el auxilio de la gracia; hemos de ver en los



santos hombres, que, como nosotros, se vieron amenazados de naufragar en el borrascoso mar del vicio, azotada fuertemente la debil barquilla de su alma con el recio golpe de las olas furiosas de toda clase de contrariedades, peligros, desgracias y sinsabores; hemos de ver en los santos hombres, hombres, si, que llegaron al heroísmo en la virtud de una manera muy fácil: *haciéndolo todo bien.*

Cuando nuestro amante Jesús obró el milagro de dar habla y oído al sordo-mudo de nacimiento, solo con untar ligeramente con un poco de saliva los oídos y la lengua de aquel infeliz, las turbas que lo presenciaron, poseídas de la mayor admiración, tuvieron una frase sintética, sumamente sintética, con la que formularon el elogio de Jesucristo: *Este hombre* —dijeron— *todo lo hace bien.* Y tau bien como lo hizo todo! Ah! si nosotros imitáramos sus ejemplos! ah! si de nosotros pudiera decirse una cosa parecida, que santos seríamos!!

Porque si no nos hacemos santos, no es siempre por falta de buenas obras, sino porque estas buenas obras no las hacemos con las condiciones necesarias para la santidad; y por eso Dios, ó no quiere verlas, ó las mira con ojos de desdén.

Hermanos: la ciencia de la santidad es muy fácil, y esto es lo que voy á procurar poner á vuestra consideración, haciéndoos ver:

1.º Que la santidad no consiste en lo que comunmente se piensa.

2.º Que consiste en santificar cada uno las acciones propias de su estado.

3.º Por qué medios podemos santificar estas acciones.

Con la gracia de Dios y con tu ayuda, Virgen Santísima.

AVE, MARÍA.....

I.

El hombre, dada la fragilidad de su naturaleza y lo debil de sus fuerzas, podrá dominarse? podrá refrenar sus pasiones? podrá apagar el fuego de la concupiscencia para conservar su alma como rosa que entre las espinas crece, y sobre las espinas se eleva, y, sin que las espinas rasguen los primorosos tejidos de su vestido, exhala un aroma suave que impregna de esencias el aire en su alrededor?; le será dado al miserable hijo de la culpa, á la pobre criatura humana, remontar el vuelo de sus tendencias y aspiraciones, y, como el águila, pasar, sin mancharse, por la escoria de la tierra?

Cosa difícil, cosa que toque los límites de lo imposible debe ser, me parece oiros decir, cuando el que lo alcanza, es celebrado con las más espontáneas aclamaciones de la admiración y del entusiasmo; cuando la lista de los héroes de esta talla está sujeta á la pequeñez del número, siquiera el número sea casi indefinido. ¿Cómo, como, si somos del polvo de la tierra, conservarnos blancos, como el ampo de la nieve, sin que aquel polvo, de que fuimos hechos, empañe en lo más mínimo la nitidez de nuestra blancura?; ¿cómo, si vivimos, si aspiramos y respiramos, si nos movemos en medio de una atmósfera de materia, vivir, como si viviéramos, aspirásemos respirásemos y nos moviéramos en medio de una atmósfera puramente espiritual?; ¿cómo, si es de barro nuestro corazón, infundir en él latidos que se confundan con los latidos de un corazón celestial?; cómo, si cuanto nos rodea es efímero, caduco, pequeño, mezquino y pobre, pensar nosotros siempre en lo grande, sentir lo grande, y hacernos grandes, como piensan, sienten y son esos héroes que veneramos en los altares ¿Imposible!... Desfallezcamos!...; resignémonos con



nuestra triste condición; bajemos la cabeza ante el horizonte de lo imposible; alabemos al Señor en sus obras magníficas y en sus santos. Sí, hermanos: gloria á Dios, admirando á los que copiaron, lo más vivamente que les fué posible, á Jesús, procurando grabar en su corazón la figura del corazón adorable de Jesucristo!... Hermanos: ¡Cómo ofende al Señor este lenguaje! Hablar así es suponer á Dios injusto y pobre; es una horrible blasfemia!

Todos, absolutamente todos, podemos ser santos: todos, absolutamente todos, podemos alcanzar la santidad; todos, absolutamente todos, debemos ser santos, y si podemos y debemos, estamos estrechamente obligados á procurar conseguirlo.

Resucite en buen hora muertos el que recibe del Señor esta gracia; entregue su cuerpo en manos del verdugo y ofrézcale como holocausto y víctima de la fé sacrosanta, el que sea llamado por Cristo á recibir la corona del martirio; haga en buen hora penitencias asombrosas el que reciba del cielo ayuda para realizarlo; vaya, en alas de su celo, por la mayor gloria de Dios, á verter su sangre por Cristo, el Misionero católico, dejando su patria, su hogar y su familia; despréndase en absoluto de todas las cosas de la tierra para unirse solo con Jesús en la soledad del claustro, el alma que por Dios se sienta llamada al sublime estado de esposa del Redentor; recorra quien pueda hacerlo, uno por uno los Lugares Santos en peregrinación fervorosa; y haga tales sacrificios y mayores sacrificios aún, todo aquel que deba hacerlos porque Dios quiere que los haga, y para ello le dá los auxilios y las gracias de que tiene necesidad. La santidad no consiste exclusivamente en estas manifestaciones de la virtud. Estos hermanos nuestros, estos prodigios de la gracia, son sí, santos muy grandes, ejemplos de sacrificio y penitencia, dignos, muy dignos, del homenaje de nuestra veneración.

pero en esto y solo en esto, repito, no consiste la santidad: con esto y sin esto podemos ser igualmente santos. Si en esto solo consistiera la santidad, gran fundamento tendrían nuestros temores de no poder llegar á conseguirla, porque esto es dado á muy pocos, esto es sumamente difícil, esto requiere actos heroicos, y á lo difícil y á lo heroico, no estamos, no podemos estar todos igualmente obligados.

## II.

Hermanos: Para ser santos solo es preciso *querer*; querer, respondiendo á los deseos de Jesús, cuando nos dice: *Sed perfectos, como perfecto es mi Padre celestial; sed santos, porque esta es la voluntad de Dios, el cual desea vivamente que todos, absolutamente todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*, para que conociendo la verdad suma, que es Dios, le amen; amándole, le sirvan; sirviéndole, le posean; y poseyéndole, le gocen por toda la eternidad. *Querer*, guardando los mandamientos: así lo dijo terminantemente el mismo Jesucristo: si quieres santificarte, si quieres salvarte, si quieres ir al cielo guarda los mandamientos. (1) Los mandamientos, que según nuestro adorable Jesús, están reducidos á dos: *Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas y al prójimo, por amor de Dios, como á ti mismo.*

Qué dos preceptos tan hermosos!, tan consoladores! tan amables!, tan conformes á las necesidades de nuestro corazón!, porque nuestro corazón está vacío, mientras no le llena el bien, pues tiende al bien; y el bien sumo, el bien que solo puede llenarle, el bien único que puede calmar nuestras ansias es Dios, bien que no cambia, que no

(1) Si vis ad vitam ingredi, serva mandata.



müere, que no se debilita; y nuestro corazón, aunque pobre y débil, siente hambre de lo que no ha de acabarse jamás, de lo que pueda satisfacerle siempre, siempre, sin aumentos ni disminuciones, y por eso tiende á Dios, porque el bien de la tierra, que no es bién mas que fantástico y ficticio, es inconstante, efímero, perecedero.

Y los demás preceptos de la ley de Dios y de su Iglesia ¿son fáciles? Todos, todos son muy fáciles, y se hallan en perfecta consonancia con nuestra razón, con nuestra inteligencia, con nuestra voluntad. Lengua infame y maldiciente la del impio que la niega; inteligencia extraviada la del que quiere ver estas cosas por un cristal ahumado por el fuego del infierno! Violencia grande es necesaria en la razón para atreverse el hombre á infringir la ley divina.

Recorramos, si quereis, uno por uno sin apasionamientos malsanos los mandamientos del Señor y de su Iglesia, y ¡qué suaves! ¡qué ligeros! Lo ha dicho el mismo Jesucristo: *Jugum meum suave est et onus meum leve*, mi yugo es suave y mi carga es ligera.

Claro que para esto, para subir uno á uno los escalones de la perfección, nos es necesaria la gracia divina; sin ella nada podemos: *Sine me nihil potestis facere*, nos dice el mismo Jesucristo; pero Dios misericordioso á todos nos dá la gracia, la suficiente, para que con nuestra cooperación nos santifiquemos.

Pero todos lo mismo?; todos en la misma forma?; todos en el mismo estado? No: cada cual en el suyo; cada uno ajustándose al cumplimiento de los deberes que le impone su estado, dice el Apostol: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat*. Hagámoslo así y seremos santos.

El que por misericordia especial de Dios se sienta llamado al alto ministerio de las almas, en él ha de santifi-

carse, observando fielmente las promesas que hizo á Dios y los votos con que se ligó, cuando el Obispo le abrió las puertas del estado eclesiástico: ejemplos admirables tiene que imitar; delineadas cada una de sus obligaciones; cúmplalas fiel y exactamente porque son suaves como toda la carga del Señor, que, si así lo hace, se hará un gran santo.

El que, por el contrario, se sienta llamado á abrazar el estado del matrimonio, aprenda bien sus obligaciones, conozca perfectamente los deberes que se impone al pronunciar las solemnes palabras que le cambian de estado, cúmplalas con exactitud y fidelidad, y, sin duda alguna, santo será también.

El comerciante en medio de sus negocios; el labrador cultivando la tierra en el campo; el médico cuidando de sus enfermos; los padres y los hijos, los esposos y las esposas, los amos y los criados, las autoridades y los súbditos, todos, absolutamente todos, aprendan bien sus deberes, conozcan perfectamente sus obligaciones, cúmplalas con exactitud y fidelidad, en la inteligencia de que no se oponen, no pueden oponerse á los deberes sagrados que les incumbe como hijos y miembros de la Iglesia; cumplan perfectamente con unos y con otros, que, como así lo hagan, indudablemente se santificarán.

### III.

Pero hemos de hacerlo en grado heroico?; hemos de asombrar al mundo con nuestras obras? No, hermanos, no; basta que nos conquistemos y granjeemos los aplausos de Dios. Hagámoslo bien, con esmero, con diligencia, con verdadero interés, pensando en Dios y á Dios dirigiendo las cosas ordinarias de la vida, lo mismo en público que en privado, porque siempre y en todas partes nos está vien-



do Dios, que es el que ha de juzgarnos y el que lo ha de tomar en cuenta. Todo por Dios, no por vanidad, no por costumbre, no por mero hábito, sino como si de cada uno de nuestros actos dependiera nuestra salvación eterna, y á cada uno de ellos estuvieran vinculadas las bendiciones del Altísimo. ¡Qué hermosa y qué fácil es esta unión íntima y continuada con Dios! ¡qué consolador el recuerdo de haber pensado siempre en Jesús, cuando hemos hecho alguna cosa, y haberla hecho por Jesús! In-sensiblemente hemos ido tejiendo una corona de bien-aventuranza inmarcesible y en la hora de la muerte veremos cuán gratos fueron á Dios estos pequeños y sencillos obsequios.

Pensadlo bien: todas, todas las cosas ordinarias de cada día, en conformidad con lo que exija nuestro estado y nuestra condición de cristianos, y sin grandes penitencias, sin grandes mortificaciones...., habremos obtenido nuestra santificación. Que es demasiado fácil?, que no hay un solo santo con una vida como la que acabo de describiros?

Decidme: cuáles son los ejemplares de la perfección? Ha habido, hay, ni habrá criatura más santa ni más perfecta que la Santísima Virgen Maria, después de Jesús?; hay, ha habido, ni habrá después de Jesús, de Maria y del Precursor una criatura con más alto grado de perfección que el castísimo Esposo de Maria? Y sabiendo un poco más, mirad en qué frase condensa el Evangelio la preciosísima vida de Jesús antes de su vida pública: *Crecia en santidad delante de Dios y de los hombres.* De qué manera? *Obedeciendo*, cumpliendo con sus deberes de buen hijo: *et erat subditus illis. Obedecía* á su Madre y á San José, y á San José ayudaba con el trabajo de sus manos; *obedecía* también á la *ley mosaica*, aunque no estaba sujeto á ella, porque habia venido á darnos ejemplo de obediencia; y porque esta ley prohibia enseñar antes de la edad de

treinta años aun siendo como era el enviado de Dios para predicar el reino de los cielos, se mantuvo hasta la edad de treinta años sin darse á conocer, conteniendo todos los ardores de su celo.

Y los mismos santos que veneramos en los altares no tuvieron otro secreto para alcanzar tan alto grado de perfección y de santidad que el cumplimiento exacto de los deberes que Dios les impuso en su estado respectivo.

Por eso, unos se santifican trabajando con asiduidad y plausible celo en la santificación de sus hermanos, llevando la luz del Evangelio á apartadas regiones que dormian el sueño de la idolatría.

Otros se santificaron huyendo del bullicio del mundo y retirándose á vivir en los más ásperos desiertos.

Otros se santificaron, sin salir del seno de la familia dedicados á las ciencias, á las artes, á las industrias, á los más humildes oficios y ministerios.

Y así sucesivamente todos los demás; y es que lo mismo en el estado religioso que en el del matrimonio, lo mismo en el bullicio del mundo que en la soledad de claustro, lo mismo cultivando la tierra que cantando las divinas alabanzas, lo mismo el pobre que el rico, el sabio que el ignorante, el anciano que el joven, todos, en todas partes y en todas las condiciones y estados de la vida, pueden igualmente labrarse su santificación de la manera fácil y sencilla que acabamos de ver.

Adelante, pues, hermanos, adelante y á trabajar con verdadero interés, sin tregua ni descanso en el importantísimo negocio de nuestra propia santificación, como medio preciso é indispensable para conseguir algun dia nuestra salvación eterna. Cumplamos todos fielmente cada uno en nuestro estado y condición con los sagrados deberes que tenemos para con Dios, para con la Iglesia, para con la Sociedad, para con nuestras propias familias, para con

nuestros semejantes, para con nosotros mismos, y hagá-  
mos de manera que nuestra conducta pública y privada,  
nuestro proceder como hijos de Cristo y como ciudada-  
nos, nuestras buenas obras, en una palabra, de tal manera  
edifiquen y sirvan de ejemplo á los demás, que los mo-  
vamos y en cierto modo los arrastremos á hacer ellos lo  
mismo, y de esta manera, ellos, aprendiendo de nosotros,  
y nosotros enseñándolos con nuestro buen ejemplo, todos  
unidos con los lazos de la caridad fraterna contribuyamos  
á llenar los deseos de Jesús, cuando nos dice: *Sic luceat  
lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et  
glorificent Patrem vestrum qui in caelis est.*

Oremos y trabajemos sin cesar, y para que nuestras  
plegarias sean atendidas y nuestros trabajos recompensa-  
dos, pongamos por intercesora y abogada nuestra á la  
Santísima Virgen, que nunca desatiende las plegarias de  
sus hijos. Oremos, sí, oremos mucho, mucho por las ne-  
cesidades de la Iglesia, por el Romano Pontífice, por nues-  
tra querida Patria, que bien necesitada se halla de ora-  
ciones; Quiera Dios que cuantos nos hemos reunido aquí  
en este día tengamos la dicha también de reunirnos en  
el Cielo.

AMEN.



# GLORIA Á DIOS

(Himno de alabanza).

*Coeli enarrant gloriam Dei.* Los cielos cantan la gloria de Dios.

SALMO XVIII, 2.

*Benedicite omnia opera Domini Domino: laudate et superexaltate Eum in socula.* Todas las obras del Señor, bendecid al Señor: loadle y ensalzadle por los siglos.

DANIEL, III, 57.

*Benedicite montes..... Domino.* Montes..... bendecid al Señor.

Id., Id., 75.

*Benedicite... uniuersa germinantia in terra Domino.* Todas las plantas que nacéis en la tierra: bendecid al Señor.

Id., Id., 76.

*Benedicite cete et omnia quae moventur in aquis Domino.....* Ballenas y todos los peces que se mueven en las aguas: bendecid al Señor.

Id., Id., 79.

*Benedicite omnes volucres Coeli Domino.* Todas las aves del Cielo: bendecid al Señor.

Id., Id., 80.

*Benedicite bestiae et pecora Domino.* Todas las bestias y ganados: bendecid al Señor.

Id., Id., 81.